

---

## AURELIO AGUIRRE

---

Por derecho de nacimiento y por derecho de conquista, único que no prescribe en la república de las letras, Aguirre merecía ser el primero en un libro, en el cual se habla de algunos vivos y se recuerda más de un muerto y olvidado. Si alguna vez en esta tierra que hemos convenido en llamar del buen sentido, fué amado un hijo de Apolo, Aguirre fué ese mortal afortunado; si alguna vez los versos de un poeta fueron escuchados con amor bajo el cielo que se ha convenido también en decir que es poco amigo de las musas, los suyos fueron los primeros..... y los últimos!

No se crea, sin embargo, que tan dulces predilecciones las debía á causas exteriores y ajenas por completo á su mérito literario; que una noble figura y un corazón inflamado al contacto de

la llama amorosa fueran causa de su triunfo; que su corona prematura la tejieron manos blancas. No era el público de entonces que, aunque reducido, y tal vez por esto mismo más entusiasta, formaba con el autor una especie de familia unida por todos los lazos de una generosa confraternidad; era la juventud que después de ocho años de esterilidad y de silencio, en que no se oía una voz, ni se columbraba una esperanza, saludaba como á redentores á cuantos venían á disipar aquellas tinieblas, dejaban oír su canción, anunciaban un renacimiento literario, y traían la vida á un país muerto. Animados de un mismo pensamiento, tendiendo á idénticos fines, Aguirre renovaba la antigua tradición, y venía á representar en su tiempo algo de lo que se había perdido en Galicia desde 1846; esto es: poetas y escritores al servicio de la causa pública, únicas gentes,—no temo decirlo—con verdadero mandato, para tratar de las cosas y de los intereses de la patria.

Era Aguirre hombre de más que corta estatura, ojos azules, mirada triste, lábio desdeñoso, frente despejada, palabra fácil y elocuente, corazón impresionable, alma de inspirado; era, en fin, uno de esos vasos de elección dentro de los cuales arde—siempre por poco tiempo—la llama sagrada. Por su desgracia pertenecía á aquel grupo de génios descontentadizos y huraños que en sus veinte primaveras, y sin haber visto campos que los que rodean la ciudad natal, creen conocer el mundo, haber sufrido grandes desengaños. y gustado todas las hieles de la vida. Es-

tas exageraciones, que los buenos burgueses de provincias tienen como signo infalible de una cabeza no muy arreglada, son siempre hijas de un exceso de sensibilidad, de una imaginación viva y de una santa y desinteresada compasión por las desgracias que ven, más aún que por las que experimentan. En una palabra, son cosas de los buenos corazones y á un tiempo de los buenos poetas, cuando no de las privaciones y desgracias que asaltan á muchos hombres, como quien dice, en la misma cuna.

*En este punto todos somos de Atenas.* podía decir Aguirre á los pobres y desheredados. Era uno de ellos.

Su padre, honrado comerciante, hubo de experimentar tales contratiempos, pena tan profunda, que se vió obligado á presentarse en quiebra, (1) causándole esto tal disgusto, que falleció al poco tiempo.

Un día, el pobre Aurelio, que era el Benjamin de la familia, por ser el último que había nacido, se encontró sin padre. *Los hombres negros* se lo habían llevado, cuando el pobre niño no sabía darse cuenta de lo que significaba para él tan gran desgracia.

Esas nobles provincias vascongadas han dado un tiempo tantos soldados á las ideas libera-

(1) Vivía en la casa número 4 de la Rúa del Villar, en donde nació el poeta el 23 de Abril de 1833. Se bautizó en la parroquia de San Fructuoso, pocos días después que su vecino y siempre para él cariñosísimo amigo, el conocido escritor D. Ramon Segade.

les, que no se concibe como el país de las libres montañas pudo nunca sostener tres guerras—verdaderas epopeyas de valor—en defensa del absolutismo. Eran los primeros años de este siglo, cuando Bilbao se hallaba tan unido á la Coruña por el gran lazo de la comunidad de intereses y principios, que parecían ambas una sola ciudad y una misma familia. En 1823 bilbainos y coruñeses hicieron juntos sus últimos disparos sobre las tropas de Angulema, desde los muros de la antigua Brigancia. No era extraño; hacía medio siglo que la capital de Galicia parecía una colonia del país vasco.

Amaban sus hijos estas campiñas siempre verdes, estos mares que besan á un tiempo ambas costas, estos pueblos sensibles y buenos que les recordaban tanto su tierra y eran tan suyos que ya miraban Galicia como la misma pátria que habían dejado. Aquí, allí, en las ciudades, en el campo, los *provincianos* hallaban siempre el cariño de sus nuevos amigos, la protección de sus paisanos.

Las fábricas de curtidos les pertenecían por completo. El comercio estaba casi en su poder, pues aún no había sufrido Galicia esa bárbara irrupción de cameranos, ávidos, inútiles, *terre á terre*, y sin más Dios que el dinero, que por nuestra desgracia vinieron á sustituir á los vascongados, quienes desde la primera guerra civil parece como que olvidaron el camino de nuestro país.

El padre de Aguirre, que era de los que habían venido antes, pertenecía al partido liberal. No se

puede dudar de ello. De su estrecha amistad con ciertos hombres, da fé la partida de bautismo del poeta. Su padrino fué uno que en Santiago conocían con el significativo apodo *Dios-no* (1). No podía, pues, haberle tenido en las pilas bautismales quien, al parecer, estuviese más en regla enemistado con el cielo. Aguirre, que se llamaba y tenía por libre pensador, no llegó á tanto á pesar de sus brindis y de sus arranques volterianos. Creía. Sus versos lo dicen, y él no era hombre que ocultase su pensamiento.

Puede por lo tanto afirmarse que con la sangre y el bautismo, había recibido el amor á la libertad, mejor dicho á la causa del pueblo, por el cual sentía grandes predilecciones. La educación que debió á un hombre que ejerció señalado influjo en su alma, terminó é hizo firme la obra de la naturaleza.

La madre de Aurelio, que había contraído segundas nupcias, le había dado un nuevo padre y por fortuna tal cual lo merecía. Era un ilustre jurisconsulto, un liberal probado, un gran amigo de los buenos libros y de la poesía, una persona entregada por completo á sus aficiones literarias y al servicio de la causa pública. El fué el que guió los primeros pasos del poeta, quien infiltró las generosas ideas que debían llenar su vida, le hizo un lugar entre sus correligionarios, y le formó para aquella popularidad de que tan pronto gozó y de la cual no parecía muy orgulloso.

(1) Se llamaba D. Agustín Dios, y fué uno de los que compusieron la junta revolucionaria de Santiago en 1846.

Balzac le había hecho desconfiar de los triunfos en provincias, y él conocía bien á sus admiradores y entusiastas para no juzgarlos con acierto. Conforme crecía su gloria y el respeto que le rodeaban, así eran mayores las ansias que sentía de abandonar el rincón de la triste ciudad y la compañía de unas gentes que le abrumaban con sus elogios. Creyéndolos sinceros y gozando de ellos, harto sabía qué labios los pronunciaban, para que llenaran su corazón. Cuando aquella alma sincera y un tanto infantil dejaba hablar sus sentimientos, cuando aquello de que tenía llena el alma desbordaba, solían escapársele quejas amargas y recriminaciones que aún hoy asombrarían á los que saben cuán amado y celebrado era por todos, si no constase de antiguo que el corazón del hombre es insaciable, y que los poetas no son los que más pronto y mejor se contentan y satisfacen.

Rosas y laureles, aplausos y cariños eran poco para él. Todo lo daba por un día de libertad, por un día de ausencia de una ciudad que sobre él pesaba como losa sepulcral; por vivir bajo otro cielo desconocido y otras gentes que no fuesen las que le rodeaban. «En sesenta días que estuve fuera de este destierro me creí regenerado», me escribía en los mismos días de su apogeo.» ¡Quién es capaz de saber lo que el hombre oculta de triste dentro de su corazón, cuando más feliz se le supone!

Pocas personas, entre las que le han tratado y

querido, habrán estado en circunstancias de conocerle más pronto que yo. Nacidos en un mismo año, y á pocos días de distancia, hijos ambos de vascongadas, que ya se sabe cuánto se estiman y buscan cuando se hallan lejos del país, criados en una misma población, frecuentando las mismas aulas, nada, dados nuestros gustos y predilecciones, debía habernos estorbado el conocerlos pronto y unirnos por ese lazo fácil y estrecho de la mútua confianza y aprecio, que en breve echa raíces en la juventud y tanto tarda en romperse.

Sin embargo, nada en mis recuerdos de aquel tiempo me habla de él: nuestra amistad tuvo origen en la conformidad de sentimientos y aspiraciones, cuando ya uno y otro nos habíamos dado á conocer por los primeros trabajos literarios. Mi hermano, que le amaba entrañablemente, nos hizo amigos. Después el tiempo y la lealtad de Aurelio hizo el resto. Y digo lealtad, porque si era algo desigual en su trato—y de ello se quejaban algunos—más nacian sus brusquedades de tristezas y movimientos involuntarios, que de falta de cariño. Eran fuerzas interiores las que le apartaban por el momento ó le obligaban á volver después con doble amor y estimación á los que pudieran haberse creído ofendidos por su apartamiento. No dudaba entonces en confesar el error cometido y en pedir su perdón, haciéndolo siempre con una sencillez y al mismo tiempo una vehemencia tal, que tornaba amable la falta é innecesario el olvido de ella.

A la verdad, no son estas cualidades las que

permiten prosperar en el mundo: agradan más los que se equivocan y perseveran en sus errores, que no los que se despojan de ellos y los confiesan; pero en cambio son lo más á propósito para cultivar la amistad de las clases populares, acostumbradas á soportar los desvíos, pero no á que se les expliquen y disculpen. Cuanto más cercano está el hombre á la naturaleza, más se deja arrastrar por movimientos espontáneos y más agradece toda prueba de afecto por parte de aquel á quien distingue con sus simpatías. La desconfianza suele á veces privar de la flor de su castidad á las nobles predilecciones que el pueblo guarda en su corazón porque, temeroso de equivocarse, duda siempre y tarda en desprenderse de sus recelos. Pero una vez hecho esto, la inocencia de los niños es poca para comparar con aquella de que dan muestra gentes fuertes y sencillas á la vez, que no saben poner freno ni á sus odios ni á sus entusiasmos.

Así pudo verlo Aguirre, en especial durante los dos años de la revolución del 54. Iba de taller en taller, de reunión en reunión, de casa en casa, y era recibido como uno de los mejores: hablaba y se le escuchaba como á un oráculo; mandaba y se le obedecía. De aquellos leales obreros, hubiera hecho mártires de una causa, despues de contarlos como soldados bajo sus banderas.

Por fortuna no era hombre de teorías ni de partido; de lo contrario conmoviera su pueblo y su gente, como tal vez hubiera convenido para el porvenir de un país sin ideales ni esperanzas. Nadie fué su dueño como nuestro Aurelio, y es que

con ese instinto y perspicacia que en las clases populares suple á tantas otras cualidades, habían éstas comprendido que en lo que decia aquel niño podia haber exageracion y hasta error, pero no ansias de medro, no vanidad y empeño de ser el primero, sino entusiasmo por las ideas que predicaba y amor y benevolencia para todo lo humilde y que vive oprimido, víctima de las preocupaciones de la sociedad á cuyas conveniencias llamaba insoportable tiranía. Es más; habiendo, gracias á estas circunstancias, granjeándose cierta reputación entre los jefes del partido liberal, se vió de pronto rodeado de un prestigio y una fuerza de que él mismo no se daba cuenta ni podia apreciar entonces, pero que contribuía á aumentar su crédito y popularidad entre la clase obrera de Santiago,

Y sin embargo, él no era lo que se dice un hombre político, sino un alma generosa y entusiasta, desprendida de todas las ambiciones de la tierra; un poeta que tenía su lira á disposición de una causa. A haber vivido, le hubiéramos visto tal vez, no cambiar de ideas, pero sí de partido, porque dentro de las agrupaciones en que se divide la familia liberal, caben siempre los nobles principios á que rendia culto. Muchos le creían republicano por sus versos á Ruiz Pons, y otros lo tomaban por ateo, gracias al brindis de Conjo: él rechazó indignado en su composición *A mis calumniadores*, ambos extremos, en versos enérgicos, rotundos, llenos de vigor, y en los cuales se transparentan los graves disgustos que le afligieron por aquel tiempo. De lo que no rene-

gó nunca fué de su amor al pueblo, á la libertad, á todos los grandes intereses de la sociedad moderna. Como inteligencia superior, se atenía á lo esencial y dejaba lo secundario al monopolio de los pequeños, que en provincias, como en la corte, se creen notables porque hacen que se oigan mucho los cascabeles con que se adornan. El no podía avenirse con las estrecheces intelectuales de los que no saben ni pueden ser más que hombres de partido.

¡Pobre Aurelio, á haber vivido, qué de desencantos hubieras experimentado! ¡Ah! más te vale dormir medio olvidado en tu sepulcro, que no ver lo que hemos visto otros ménos afortunados, puesto que vivimos y sabemos por experiencia hasta dónde alcanza el agradecimiento de los pueblos! ¡Qué hubieras hecho en el mundo, tú que no conocías más palabras que aquellas que dicen francamente lo que con toda franqueza pensamos en lo interior de nuestra alma?

Su influencia política no se limitaba tan solamente á la clase obrera de Santiago; pasaba más allá y se dejaba sentir con igual intensidad entre los jóvenes que poblaban los claustros universitarios. Gracias á su cualidad de estudiante, y sobre todo á su condición de poeta, gozaba sobre sus compañeros y amigos de un cierto influjo y preponderancia que no le sentaban mal y honraban sobre manera á una juventud que así se rendía á la superioridad de la inteligencia. Por eso le fué tan fácil unir en un solo sentimiento y en un solo

amor lo que era objeto de sus más graves preocupaciones, organizando aquel famoso banquete de Conjo, que tan gran notoriedad le atrajo y tanta importancia le dió á su hora, sin que él se percibiera de ello, por más que también le haya conculgado las iras de sus émulos. En cambio sus amigos vieron entonces que si el poeta no carecía de ideales, andaba más que ignorante de lo que son partidos, lo que piden de un adepto y de lo que á ellos debe pedirse á su vez. Como en aquellas leyendas en que el hombre que da el alma al diablo se vé obligado á firmar el pacto con su propia sangre, así el hombre de partido. Quien á ellos se vende, renueva el pacto infernal y lo escribe, pudiera decirse, con lo que hay de más puro en su corazón, quedando desde aquel momento entregado al demonio de las ambiciones y al castigo del propio empuñamiento.

En la política hay que entrar con vida y alma: es como el amor, no consiente dos dueños, y nuestro Aguirre no hizo en la memorable tarde del 2 de Marzo acto de hombre de partido, que todo lo mide por la utilidad real y positiva que reporta á la causa que defiende. Los que ordenaron que en aquella ocasion los soldados cubriesen las avenidas del bosque y del convento; los que temieron que se hiciese allí algo más que comer, leer versos y entonar canciones patrióticas, estaban bien poco acostumbrados á semejantes manifestaciones y hacían demasiado honor á los que iniciaron la cosa y la llevaron á cabo. No acertaron á ver—tan ciegos son siempre los intereses amenazados—que el pensamiento

que guiaba á aquellas gentes era, como hijo del corazón de poetas, más fraternal que otra cosa. Que en la mesa y al lado de cada estudiante se sentara un artesano, y que en un momento dado se abrazasen en prueba de hermandad, nada significaba. Que al desfilas lo hiciesen cogidos del brazo un artesano y un estudiante, tampoco. Cier- to que los versos de Pondal y los de Aguirre de- cían lo necesario, y aun algo más; pero ¡ay! las musas no sirvieron nunca para hacer programas políticos. La obra de aquel día tuvo, es cierto, su resonancia y fué como un destello, pero su in- fluencia en la vida del país hubo de ser tan es- casa, que más se le recuerda por lo que de él se dice, que por lo que de él queda. Por sus procedi- mientos revelaba la infancia de los partidos liberales: por sus consecuencias también.

En cambio sus efectos inmediatos fueron de turbación para mi amigo, pues habiendo en su brindis llamado á Jesús, «hijo de un modesto car- pintero», no se necesitó más para que el cielo ca- yese sobre él. La herejía era manifiesta y brotaba sangre: en una ciudad episcopal debía hacer rui- do y andar su camino. Se comentó el verso, se le hizo objeto de violentas discusiones y hasta se recordó con tal motivo el famoso folleto del obis- po de Autun. Las gentes se apasionaron; por una parte y por otra se enardecieron los ánimos, y lo que no lograron estudiantes y artesanos, lo consi- guió un pobre verso, más bien hijo de la necesidad de la rima y de la rapidez de la improvisación, que de las creencias del poeta. El conflicto era evi- dente, los buenos compostelanos casi se conmo-

vieron, y el prelado comprendió la necesidad de poner término á la cuestión, llamando al poeta, advirtiéndole del error en que había caído y arran- cándole una retractación que dejase las cosas tal como se hallaban antes del 2 de Marzo. A no ser así, qué se diría? Aurelio acudió á la cita; mas al entrar en el Palacio tropezó con el secretario, tam- bien de piel de Obispo y á las primeras palabras que cambiaron la cuestión tomó un giro tan desa- gradable, que á poco compromete la obra de concii- liación intentada. En presencia de aquel joven, que por lo desmedrado y enfermizo parecía más niño de lo que era en realidad, creyó el buen do- minico que los argumentos estaban de más y que los gritos no estorbaban. Encerróse con él en un aposento y estuvo muy á punto de tratarle como domine irritado. El *a fustibus et arguendis* de las escuelas le parecía más del caso, que no discutir con un muchacho que á leguas se veía que en cuestiones teológicas era imperito. ¿Qué efecto, habían de hacer en su ánimo argumentos saca- dos de los libros del *Angel de las escuelas*? Para Aguirre el mejor teólogo del mundo era Lame- nais; *Las palabras de un creyente* el más profundo de los libros religiosos. Famosa controversia la que él podía sostener con un discípulo de Santo Tomás!

La oportuna intervención del prelado puso fin á la escena. Era el obispo aquel, ya que no un grande hombre, al ménos un buen corazón. Com- prendió de golpe lo que había de infantil en el fondo del asunto, y ganado de la simpatía, trató seriamente de atraerse al poeta, de convertirle y

arrancarle una profesión de f3 (1). Bien fácil era por cierto, si en cuenta se tiene que Aurelio se hallaba á la saz3n escribiendo un poema sobre el *Via Crucis*, y aun no habia sentido la necesidad de desprenderse de sus creencias religiosas! Veinte dias despu3s del banquete, publicaba su poes3a *A mis calumniadores*, y en 3lla se hacian hartas concesiones á las ideas que combat3a y se borraba m3s de una afirmaci3n que era forzoso mantuviese. En cambio se cerraron los ojos ante aquellos versos:

Pura la religi3n guardo en mi pecho

*Del hombre justo que muri3 en la cruz,*

y todo volvi3 á su habitual silencio en la ciudad que, segun 3l «no es, ni ser3 nunca m3s que un mon3tono cementerio de vivos».

..

Por aquel viejo camino de San Lorenzo, mal empedrado, solitario y lleno de plantas silvestres, una mañana del mes de julio, baj3bamos Aurelio y yo hablando de los sueñ3s y esperanzas que aliment3bamos, de las penas prematuras que nos affigian, y de los vagos delirios que llenaban la ardiente imaginaci3n del poeta.

El sol se ocultaba bajo pesadas nubes, el viento tra3a en sus alas los perfumes y los rumores de la campiña, y el ruido de la corriente que alimentaba los molinos aumentaba la monoton3a y

(1) Aguirre hizo m3s de lo que se le pedia: recogi3 su «brindis» y le neg3 los honores de la publicaci3n. El de Pondal apareci3 en «La Oliva» del 26 de Marzo de 1856. en cuyo peri3dico solo di3 á luz aqu3l su poes3a «A mis calumniadores.»

tristeza del paisaje, sobre el cual arrojaban una sombra m3s las altas torres compostelanas. Por aquellos tiempos no se abria aun paso por entre los sembrados la blanca l3nea de la carretera, ni romp3a y costeaba, como al presente, las pequeñ3s colinas que se oponen á su paso. Un álamo blanco, alto y delgado, levant3ndose en la hondonada, semejante á la aguda flecha de una catedral g3tica, serv3a de gu3a á los que nos aventur3bamos por aquellos agrestes senderos.

—H3 aqu3,—me dijo cuando llegamos al pi3 del 3rbol—el lugar m3s grato á mi coraz3n y m3s propicio á mi musa. Ya s3, añañi3, que á t3 te agrada m3s el pinar de San Lorenzo,—poco tard3 en desaparecer como todo lo que yo he amado!— porque su olor áspero y su largo gemido te recuerda el mar; pero yo te confieso, que sin saber por qu3, prefiero este triste rinc3n y este 3rbol solitario, oculto tr3s de ese ribazo, y que parece ageno á cuanto sucede á dos pasos de 3l. A su sombra he escrito los pocos versos de que me siento orgulloso; aqu3 he derramado algunas l3grimas, aqu3, en fin, tuvo principio la triste historia de que tanto has oido hablar, como generalmente se habla de lo que no importa 3 no se comprende.

Y fu3 entonces cuando, abriendo su coraz3n á un verdadero amigo, me habl3 de sus pesares dom3sticos, de la mujer que le inspir3 las bellas y ardientes estrofas *A una hu3rfana*, tal vez las m3s sentidas y hermosas que brotaron de su pluma; de su pasado, de su porvenir; de la poes3a de Galicia h3c3a la cual empezaba á volver la vista, de la libertad, de todo, en fin, porque aquella alma

apasionada tenia hambre y sed de hacer á otro como él, partícipe de sus inagotables ilusiones.

En aquella mañana y gracias á sus grandes confianzas, pude comprender los misterios de una vida tan corta y tan llena ya: conocer su obra poética y penetrar los secretos de su producción. No hablo de las poesías que fueron escritas en medio del bullicio y para satisfacer los deseos de un compañero ó de un amigo; no de aquellas otras que en su calidad de poeta oficial, digámoslo así, le arrancaban á todas horas las exigencias del momento, sino de todas cuantas, hijas de la emoción interior, y respondiendo á un estado de su alma, produjo el poeta más fácil, más espontáneo, más abundante que conoció Galicia en el presente siglo.

¿Será acaso necesario señalar aquí las bellezas de que están llenas y los defectos que las manchan? ¿Para qué? Los que las amaban las han olvidado ya. Fiaos, pues, en el aplauso de los contemporáneos! Y sin embargo, él fué el poeta de su tiempo y de su ciudad; nadie en ella, despues del cura de Friume, ha gozado de mayor popularidad, ni superior influencia, ni más larga y curiosa leyenda. El *aguirrismo* es todavía una escuela, para los que, imitándole en lo que él tenia de convencional y exagerado, carecen de las alas con que el maestro se levantaba, y del soplo ardiente con que animaba sus versos.

Corrian estos de boca en boca, y apenas seca la tinta con que se habian escrito, se daban á la prensa, sin mediar entre la apresurada producción y su publicación el tiempo necesario para corre-

gir las pruebas. El reposo, el reconcentramiento y la forzosa quietud y soledad que demanda la musa á sus elegidos le fueron negados siempre, sin que él lo sintiera ni se apesadumbrara por tanto. En realidad, cuando apenas se ha tocado en los veinticinco años y se tiene ante la vista todo un mundo de esperanzas, bien pueden desperdiciarse por un cierto tiempo los dones que el cielo concede á muy pocos hombres, y dar á la popularidad lo que se roba á la gloria. Mas si él hubiera sabido que sus dias estaban contados, que tenia que apresurarse y recogerse en sí mismo y producir algo parecido á lo que de él teniamos derecho á esperar, es más que posible que, dejando hablar á su alma toda entera, y revelando muchos de los íntimos dolores que guardaba en su corazón, y como quien dice, bajo los siete sellos apocalípticos, se vería entonces que no era indigno del nombre de gran poeta con que le saludaban los suyos; y tambien que no se consideraba tan feliz como se presumía, ni estaba tan satisfecho de su fama como pudieran creer algunos.

La posteridad no puede juzgarle como su tiempo; de él no queda ya, ni todo, ni lo mejor. Solo los que recuerdan los hondos silencios y las grandes soledades que le precedieron, podrán, leyendo sus versos, decir cuánto valía, cuanto se levantaba sobre sus contemporáneos, y que grande, qué legítima esperanza era para la patria gallega el que apenas tuvo tiempo para otra cosa que hacer irreparable su pérdida.

Y no se diga que alcanzó esta fama y logró este amor porque, sintiendo los males que afligían á su país, había evocado los antiguos recuerdos, despertado sus cóleras, encendido su entusiasmo y hecho renacer en el herido corazón de Galicia las muertas esperanzas y los inmortales deseos que sin saberlo la devoraban. No; apenas si nuestro Aguirre sospechó que estas provincias demandaban un poeta. Otros vientos le llevaban, otras ansias le poseían. Si hubiera vivido más, estoy seguro que se le habría contado en el número de los que todo lo posponían ante su país, puesto que hubo un momento en que demostró deseos de ser el primero en la pequeña legión que entonces se formaba. No se le permitió la muerte, y antes, en especial durante los dos años de su más fecunda producción, no obedeció más que á las vivas sollicitaciones del amor y de la libertad. Todavía no era Galicia, para él la eterna esclava que lloraba su soledad al pié de las olas, menos amargas que su suerte.

Se comprende; Aguirre no fué nunca un poeta descriptivo, y es por el sentimiento de la belleza exterior por donde,—contemplando la hermosura de estos campos y riberas,—la mayor parte de nuestros escritores llegaron á sentir por su país una pasión tal y tan exaltada, que sorprende y pasma á los extraños, pero que comprendemos perfectamente los que aspiramos las auras de este jardín sin término y vivimos bajo su cielo, despues de haber errado por otros campos estéri-

les, y sentarnos al pié del seco cauce, que apenas alegran las solitarias adelfas.

Su vida se había deslizado bajo el cielo sombrío de la vieja Compostela, que representaba para él todo lo aborrecible, esto es, el pasado con cuanto tiene de opuesto á las ideas y aspiraciones modernas, el presente con sus forzosas resistencias á todo lo nuevo. Así se comprende la alegría que se apoderó de su alma, cuando entre las músicas y los aplausos con que le recibieron sus amigos de Vigo, entró en la ciudad sin torres y sin campanas, en la cual debía, como en nuevo Jordán, regenerarse su musa y su corazón. Todo era allí para él, incluso aquel pueblo sin historia, que apenas tenía la edad del poeta. Todo le hería y deslumbraba; la mar, los barcos, la novedad de la vida comercial, los poéticos alrededores que circundan la población, las nuevas amistades, el arte mismo, que al fin veía y tocaba en los lienzos de nuestro inolvidable Serafín Ayendaño. De aquellos días datan la mayor parte de sus mejores poesías. Tal vez fué entonces cuando hubo de persuadirse de que por muchos que fueran sus deseos de dedicarse á la pintura, el cielo no la había hecho para ceñirse sus laureles; en aquella ciudad, en fin, conoció el único, el verdadero amor que llenó su alma, y fué para él como una iniciación.

Felizmente coincidía con la madurez de juicio y con una mayor comprensión de la vida y de la producción literaria y cuanto con ella se relaciona. Era ya llegada para el poeta la hora de ocuparse de sí mismo, de ser hombre, de sentir y

expresar los propios sentimientos. Las vírgenes aspiraciones de su alma que había sabido conservar pura á través de los amores y trato diario de las Marión de su pueblo, brotaban potentes y vivificadoras en el interior de su pecho.

Y en verdad que era hermosa la vírgen de sus sueños y que el poeta merecía ser amado y comprendido por aquella mujer jóven, solitaria! Yo la conocí por aquellos tiempos, yo ví en su tallo la rosa antes de ser cortada, y puedo decir que muy pocas estaban como ella más dichosamente conformadas para ejercer sobre Aguirre una más directa y fructífera influencia. Era una niña á quien agitaban las vagas y misteriosas aspiraciones que la soledad engendra y una ardiente imaginación colora y anima. A su vista sintió Aurelio que toda su sangre se renovaba, que su alma se bañaba por primera vez en los puros rayos de una pasión como convenía á su nueva existencia. Que nueva era en efecto, y desconocida, la vida que empezaba para él y de la cual la muerte solo le permitió sorprender los santos y venturosos comienzos.

Fué entonces cuando á la luz de este amor que todo lo llenaba, se fijó su vocación, y ya no pensó en ser otra cosa que lo que era, esto es, un poeta. Entróse en sí mismo, abandonó las cuestiones políticas, rompió los pinceles, dijo adios á las tablas que había frecuentado (1) y se dedicó á co-

(1) Aguirre formó en cierta ocasión, en unión de algunos amigos suyos, una compañía de declamación que dió varias funciones en Padrón, Villagarcía, Cambados etc., recogiendo grande cosecha de aplausos. Por cierto que habiéndose embarcado en Villagarcía, en un pallebot cargado de sal, estuvieron á punto de naufragar á la

regir y ordenar sus poesías. Eran estas infinitas, Aurelio las había ido esparciendo, como la primavera las rosas; pero con el buen instinto que le era peculiar, comprendió que no todas merecían haber vivido más allá del momento que las había visto nacer. El mismo, como padre severo, se negaba á darles un lugar en el libro que preparaba, aunque aplazando su publicación, para cuando, á su juicio, hubiese producido algo digno de ser recordado.

En esto estaba, cuando sus amigos y compañeros de último año de jurisprudencia anunciaron en grandes carteles la publicación de los versos del poeta bien amado. Fué aquel un día de entusiasmo y de gloria para la Universidad compostelana. Día no renovado despues! Las listas de suscripción se llenaron y Aguirre, rindiéndose á tan grande prueba de cariño, no tuvo tiempo sinó para recoger las dispersas hojas, llenarlas y darlas á la imprenta, bajo el modesto título de *Ensayos poéticos*. Las primeras páginas las había dejado en blanco para que escribiese el prólogo, quien hoy cuenta su vida á breves rasgos. Así son las cosas y los pensamientos de los hombres; nada de lo que se proponen se realiza por completo ni á su hora.



Los primeros pliegos salieron á luz en los

entrada de Cambados. El patrón era ciego, el viento fuerte, la mar mucha. Solo la serenidad é instinto de uno de sus amigos que por casualidad les acompañaba, pudo librarles del peligro. Eran otros los mares en que debía perecer.

últimos días de Abril de 1857, y en el mismo mes en que Aguirre cumplía sus veinticinco años; pero estaba escrito que la publicación debía interrumpirse del mismo modo inesperado y trágico que la vida del poeta.

Aun no habían pasado dos meses, cuando partió apresuradamente para la Coruña á donde había ido á pasar el verano aquella de quien dijo:

*Tengo de vuestro encanto el alma llena,*

y á su lado vió pasar las últimas horas felices de su vida. Una mañana fué á verla á la cercana quinta en que vivía; cuando volvió á la ciudad, el sol brillaba en toda su fuerza y la extensa línea del océano se desarrollaba inmóvil á lo largo del horizonte, como convidándole á dormir en su seno. Aurelio entró en la población, buscó á sus amigos, y á los pocos momentos se encaminaron á la playa de San Amaro, para tomar el baño. Una hora despues, el poeta ya no era de este mundo. El mar, aquel mar que tanto amaba, le recibió en su seno y no devolvió más que un cadáver.

Los que en vida le habían tejido su leyenda, no creyeron en aquella muerte inesperada, y quisieron mejor pensar en un suicidio.... ¡Suicidio! ¿por qué? ¿no era en aquellos días tan dichoso como nunca lo había sido en su vida?

.....  
De antiguo se miró la muerte por los hombres como un dulce descanso. Aguirre, á quien las felicidades del triunfo sorprendieron en un principio, fué bien dichoso muriendo cuando aun los vientos de la fama no traían hasta él más que el rumor de los primeros aplausos. ¿Para qué

esperar la hora amarga de las tribulaciones y los desencantos, si todo lo que queda de nosotros es lo que con nosotros se entierra, y no hay cosa más vaga que la posteridad?

Parecido á aquellos niños venturosos que mueren sin conocer otra cosa que las ternezas maternas, así Aguirre. El, sin duda alguna, merecía pasar sin llevar á sus labios el cáliz de la vida.

¡Aquellos á quienes los dioses aman, dice el proverbio griego, mueren pronto!

